

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

OCTUBRE 31 DE 1925

NÚM. 8

Abraham Valenzuela

Frente al mar

EL sol, que ya secaba la yerba, penetraba aún de calor el aire inmóvil.

Por la tarde, los tres habían hecho el camino que va del Pireo a la ciudad «en donde a la razón le es grato habitar».

Marco Emilio juntaba a la orgullosa austeridad de su ascendencia patricia, cierta ligereza y libertad de inteligencia, que trascendía ya de su espíritu desde los años de su educación en las escuelas griegas. Sus antiguos amigos decían que recitaba a Anacreonte con los ademanes de un centurión; en Roma se temía encontrar en el descendiente de los generales de la República, un filósofo que conduciría la administración con vanas sutilezas de pensamiento, y no con la rígida conciencia que impone la obediencia de las leyes.

En el puerto, debía tratar con el capitán de sus naves, que

seguían la ruta de aquellas que llevaron a Italia los vinos y el pensamiento de los griegos. Como gustaba de las compañías agradables, había llevado consigo a Crates, filósofo, y a Lisipo, de quien se decía que sus versos serían más suaves que los de Simónides, si no fueran más libres que los de Anacreonte.

Los tres amigos descansaban del viaje del día. El romano los había conducido al jardín de la casa, y desde allí divisaban el mar azul y quieto, que las velas manchaban de cien colores. Marco Emilio tendió hacia el mar griego su mirada orgullosa y fuerte. En la calma intensa de la tarde, el mar tomaba ya el color profundo con que lo penetran las sombras.

—¡Oh, admirable armonía! dijo Marco. Por toda la extensión de la tierra conocida, y más allá de la línea perdida del mar, todo gira en torno de la ciudad. Roma parece tender hacia el mundo, para inspirar a los hombres y regir los acontecimientos, su pensamiento y su voluntad invisibles. Roma es la fuerza, la inteligencia y el orden. La vela que levanta esa nave fenicia es un himno a la paz augusta del Imperio y al hombre sabio que nos gobierna. Sabio, rodeado de sabios, él hará reinar la paz donde quiera que haya llegado la lanza de un legionario; los pueblos serán, en sus manos, más dóciles que la arcilla entre los dedos del alfarero. La fuerza de la organización romana, la admirable perfección de sus leyes, cuyo imperio es el poder de la razón misma y de la equidad natural, harán que el movimiento de los pueblos, antes caprichoso y torpe, se ajuste al ritmo de la razón, que es el de la inteligencia universal.

El mundo no tiene ya nada que esperar; ninguna inquietud puede trastornar el orden que ha creado la ciudad de Rómulo.

— El mundo tiene que esperarlo todo, dijo Crates. Las fuerzas infinitas cuyo enlace suscitó el extraño fenómeno de la vida, deben combinarse en infinitas formas, porque sólo obedecen a las leyes de la materia y del número. Y nosotros no podremos jamás preverlas, ni mucho menos dirigirlas, porque la parte no comprende ni gobierna al todo.

Me complace concederte desde luego que esta paz que nos permiten gozar los hombres de la ciudad, es grata a los dioses.

es decir, a los hombres. Pero esta paz que tanto enaltecemos será la muerte del Imperio.

Las naves que mandas a la ciudad del César abandonan en estas playas una muchedumbre que llega de las cuatro partes del Imperio. Y esta muchedumbre que desconocemos y despreciamos, algún día desprejará también todo lo que hace agradable y noble nuestra vida. Hasta aquí trae nuevas costumbres, nuevos dioses y nuevos vicios. Su espíritu, incapaz de comprender el enlace de las ideas, es en cambio rico en pasiones fuertes y en instintos groseros. Y las pasiones gobiernan la vida de los pueblos.

La pasión de la fuerza, de la conquista y del poderío hizo la grandeza de la Ciudad; la pasión de la destrucción y del odio, que es la gloria de los pequeños, se ha entrado por las cien puertas del Imperio. Temo, joven romano, que la ciudad se haya elevado demasiado para impedir que las ratas la socaven por los cimientos.

—Te engañas, dijo Marco Emilio. Los hombres sólo somos arrastrados al mal por dos fuerzas que la razón puede suprimir: el dolor y la ignorancia. La gloria de Roma reposa en la majestad de sus leyes, y hay en ellas tal sabiduría, tan imponente y natural elevación, que todos comprenderán la dicha de obedecerlas; porque no se es feliz sino cuando se es libre, y la libertad sólo se alcanza sometiéndose a los principios de la razón, cuya expresión más pura es la ley.

—No veo, objetó Crates, cómo se gobiernan los hombres por la razón. Si estudias las necesidades esenciales de tus semejantes, cuyo juego, armonioso a veces, violento e incomprensible las más, rige la vida de un pueblo, verás que la existencia del hombre no necesita de la razón y del ideal más que la vida de una rata o de una mosca.

Todo lo que hemos agregado son entretenimientos de la imaginación, con que la humanidad ha llenado sus momentos de ocio. Si miras a tus propios actos, a tus palabras, a tus pensamientos, te persuadirás de que sólo en algunos momentos, que no son, por cierto, aquellos que determinaron tu destino, te has

dejado guiar por la razón; con lo cual hiciste bien, porque ésta es más incierta y caprichosa que el pensamiento de la mujer.

Si la razón tiene tan poca importancia en ti, que te has formado en el estudio de las más elevadas doctrinas, ¿quién podrá imponerla al respeto de la multitud?

—La fuerza, dijo Marco; y agregó a la violencia de su mirada, el ademán de su brazo, que parecía imponer la potestad del Imperio. La fuerza, que es contingente cuando va sola, y es armoniosa y divina cuando sirve a la razón, como las legiones del César.

Crates miró hacia el suelo. En sus ojos pequeños y ágiles se percibía ya el cansancio de los años; apenas pesaba en ellos la materia, traspasada por el fuego vivo de su espíritu.

—Sí, replicó, la fuerza dominada por la razón; el movimiento, obedeciendo a la ley interior de la armonía; la voluntad inteligente con que la Naturaleza parece haber creado en el hombre la realidad que es más grato concebir al espíritu: Herakles, hijo de Zeus, he aquí uno de los símbolos más sabios que nos ha dado esta religión en que ya no creemos. Pero la justicia no ha logrado jamás escapar de la prisión de nuestro pensamiento. El pensamiento y el deseo, he ahí el principio y el fin de lo justo.

La fuerza de que hablas tiene un poder harto débil. Puede cambiar las señales que separan el territorio de los pueblos y extender las fronteras del Imperio. Pero esto es muy poco. La venganza del vencido es a veces tan seductora, que no hay poder que logre resistirla. Tu abuelo Pablo dió a Roma la provincia de Macedonia; pero el oro que los legionarios recogían en sus escudos ha debilitado las antiguas costumbres y el poder del ejército.

—Dudas del imperio de la ley y de su fuerza inviolable, dijo Marco, algo molesto, porque has nacido en un pueblo vencido que no estaba destinado a gobernar el mundo.

—Dudo de la fuerza de la ley, repuso el filósofo, porque he estudiado la naturaleza humana y carezco de orgullo. Crees

que la ley puede preverlo todo, y no prevé nada. Nada impone la fuerza a las costumbres del pueblo, como nada les impone tampoco la razón. Los hombres a quienes habéis dado el poder consagran las costumbres en la ley cuando ya es inevitable que así sea; tal es su razón de existencia y su comprobación; los que unen al poder la prudencia, conceden que aquello que es necesario se realice con su consentimiento, para que su poder no resulte ridículo. Cogen el fruto cuando ya cae de maduro, pero no elaboraron ni descubrieron la semilla, ni la hicieron germinar.

Si la verdad es la percepción de la realidad por el espíritu, no se ve qué puede agregar nuestro pensamiento a la realidad, si no es el error. Lo que concebimos como la libertad y potestad de crear, no es sino nuestra permanente facultad para el error. ¿Cuál es nuestro poder para penetrar en la infinita complejidad de la vida? Más pequeño aún sería el que tuviéramos para dirigirla y dominarla. Pensamos regir la Naturaleza, y sólo contamos con lo que ella ha querido concedernos. Pienso, decía Sócrates, que un hombre puede hacer en la ciudad lo que le parezca bien, sin que eso signifique que tenga el poder de hacer lo que desea. Así es la verdad. En el encadenamiento continuo e indivisible de las causas, separamos las que logra divisar nuestra limitada inteligencia de los hechos; toca a las demás burlarse de nuestra previsión. Acaso sea más cierto que la idea de causa, impuesta por la naturaleza de nuestra inteligencia, es el signo de nuestra impotencia para percibir la esencia de lo real.

Los acontecimientos nos sorprenden a cada instante. La más pequeña de nuestras acciones nos acarrea a veces resultados asombrosos; no sabemos dirigir nuestra vida, y, no obstante, no dudamos de nuestras fuerzas para gobernar el Imperio, porque el orgullo del hombre sólo es comparable a su infinita impotencia.

El Universo no está organizado para la práctica de la razón y del bien. Lo que fácilmente concedemos para los animales y las cosas, lo negamos al referirnos al hombre; y, sin embargo,

todo es lo mismo. Como nos maravilla la armonía que creemos descubrir en la vida civil, creemos que sea un producto de la razón y la voluntad humanas.

La Naturaleza no se ha combinado según las leyes de nuestra razón; somos nosotros quienes estamos incorporados al ritmo general de las cosas; he aquí por qué el mundo nos parece armonioso y cuál es el valor de la inteligencia humana.

—¡Oh, Crates!, dijo Emilio, ¿cómo ocultarte que es grato oírte jugar aun con las ideas que son más caras a nuestro espíritu de ciudadanos y de hombres instruídos? Pero no lograrás persuadirnos de que la sociedad de los hombres sea tan oscura y tan ciega como la vida de estos árboles a cuya sombra te agrada reposar.

—Las ideas tienen, agregó Crates, un valor que reposa sólo en ellas mismas, y que no está sujeto a la contingencia de la persuasión, siempre engañosa. La existencia de que has hablado no es menos maravillosa que la del hombre; estos árboles germinan, se desarrollan, fructifican y mueren; y no han necesitado una conciencia para conocerse ni una voluntad para gobernarse, por lo menos en la única forma en que podemos concebir estos fenómenos transitorios. Las leyes que rigen su vida no nos son más conocidas que aquellas a cuyo imperio estamos encadenados. Estos árboles se cubrirán de flores en el mismo tiempo en que Lisipo nos hará oír un himno nuevo. Y la belleza es un misterio profundo.

Las sombras de los árboles se alargaban bajo la luz de la tarde, las hojas temblaban, estremecidas por el viento del mar.

En silencio, los tres amigos parecían esperar la muerte lenta del día. Un brillo único, apagado, enlazaba en un tono profundo el cielo y las aguas. Sobre la bahía, comenzaban a encenderse los fuegos de los barcos.

Junto a los bancos en que descansaban, se alzaba una estatua de Afrodita, hija de las aguas. La fuente rozaba apenas los pies de la diosa, y adornaba su cuerpo soberano una gracia tan esbelta y ligera, que parecía sostenerse en el aire sutil. Entreabría sus labios el fuego inextinguible del deseo.

Marco Emilio había ordenado traer el vino que sus naves buscaban en las islas. Lo ofrecía a sus amigos.

—A tu salud, ¡oh, Crates!, dijo el romano, porque tú me recuerdas la ciudad que nos ha enseñado la gracia del espíritu y la nobleza del pensamiento, a nosotros, que sólo éramos la fuerza.

—También por el Imperio, que nos da la paz, agregó el filósofo. Y que los dioses, dijo, botando al suelo una parte del vino dorado que llenaba su copa, quieran defenderlo de sus enemigos escondidos.

—¡Oh!, dijo Lisipo, no creo que los dioses quieran mezclarse ya en nuestras inquietudes; las suyas no son menos dignas de ocuparlos. La vida de los dioses es efímera como la de los hombres.

¿Cómo defenderemos la religión, si hemos destruído las viejas leyendas, que sólo aprovechamos en nuestros versos, más armoniosos, aunque menos sublimes que los de Homero?

Siempre me agradó frecuentar el trato de las gentes humildes. En el campo, en las tiendas, en el mercado, en las tabernas del puerto y en los figones de la ciudad, he conocido hombres sencillos de cuyo lenguaje recogí muchas expresiones que en mis versos se han admirado como refinamientos y elegancias. Sus costumbres, más espontáneas y libres, nos enseñan a veces más que el trato de los sabios. Creo que, más pronto o más tarde, terminan por imponer a los de arriba su lenguaje y sus hábitos.

En esta multitud que hoy llena las ciudades, he visto cómo ciertos hombres dotados de una humildad soberbia y de una sombría piedad, han esparcido el culto de un dios extraño. La leyenda de nuestros dioses ha sido siempre incierta y caprichosa; pero éste es incomprensible; hay en él una curiosa confusión de los mitos de Adonis, Herakles y Orfeo. Sus sacerdotes seducen a las mujeres y a los esclavos. Ellos son los que destruyeron los templos de Eros y profanaron las fuentes sagradas. Han suplantado a los dioses ciudadanos, y creo que ante ellos huirán también los dioses agrestes. Les exasperan la alegría, la belleza

y el amor, y exaltan el mal y la ignorancia. Su locura apasionada es verdaderamente temible. Si nos abandonan los dioses antiguos, temo que la muchedumbre que ha llenado ya nuestras tiendas y nuestras costumbres de objetos extraños, logre llevar hasta el Olimpo desierto su dios siniestro y obscuro.

Joven, alegre, fuerte, no hería su corazón la inquietud del misterio ni el ensueño interior, por donde el dios execrable penetraba en los espíritus.

—No, dijo, tú lograrás salvarnos, hija de las aguas. Si el mundo ha de ser un día el imperio de los bárbaros, tú elevarás de nuevo al hombre hasta la gracia y la armonía, porque la sonrisa de tus labios es poderosa y eterna.